

Tras las huellas del sujeto en *Claros del bosque*: hacia una hermenéutica estética de la subjetividad

JAVIER BARRACA MAIRAL
Universidad Rey Juan Carlos

1. Meta, método y marco de nuestra investigación

Algunas personas no saben, no quieren o no osan “navegar, mar adentro, en sí mismas”. Este no fue, desde luego, el caso de María Zambrano. Y no lo es hasta el extremo de que la filósofa logró hacer, en cierto modo, de esta honda y audaz navegación interior principio de su pensamiento y de su vida. Pues bien, refiriéndose, en concreto, a su obra *Claros del bosque*¹, ella misma comenta que es la que mejor ha encarnado una clave crucial de su peculiar estilo de filosofar, aquella que señala que pensar filosóficamente no es sino “descifrar lo que se siente”.

Ahora bien, hoy, cabe comprender este “descifrar” en clave o a la luz de una auténtica y fecunda hermenéutica. Es decir, es posible ver tal acto como el esfuerzo de interpretación profundo que despliega sobre lo real el hermeneuta, el intérprete reflexivo. Descifrar, por tanto, se configura como la tarea creativa de todo aquel que despliega su labor hacia la comprensión profunda, filosófica de lo real.

Así, según esto, también en el presente trabajo, se procura explorar hermenéuticamente el texto señalado, con el afán de colaborar a entenderlo y de integrar parte de sus ricos elementos. Pero, a pesar de este legítimo anhelo, el adjetivo y el carácter hermenéutico corresponden, aquí, fundamentalmente, al esfuerzo realizado en el propio texto estudiado y, por supuesto, a quien lo engendró. En definitiva, hay en la obra una fértil y honda hermenéutica que se pretende analizar. Para ello, nos serviremos de las fructíferas contribuciones que la hermenéutica contemporánea ha ido fraguando². En especial, recurriremos a la intersección de lo hermenéutico con lo estético y la Filosofía del Arte³.

¹ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Breve, 1977. Vamos a citar la obra por esta edición, a causa de que se ha hecho ya clásica y de una simbólica significación, en nuestro contexto. Si bien, atenderemos asimismo al interpretarla a la referencia de la obra total como su marco; en especial a ZAMBRANO, M., *Obras Completas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, vol. I, III y VI, 2011, 2014, 2015.

² Aunque no con carácter exclusivo, remitimos a algunos de los principios hermenéuticos elucidados por GADAMER, H. G., en *Verdad y método I*, Salamanca, Sígueme, 1977.

³ En este sentido preciso, cabe recordar, dentro del pensamiento hermenéutico de GADAMER, H. G., la recopilación: *Estética y hermenéutica*, Madrid, Tecnos, 1996.

Esto último, dado que, aquí, se trata de investigar cómo este interpretar, desde o con el corazón, se convierte en una cierta “hermenéutica estética” (esta, en su sentido amplio y originario, de *aesthesis*: sentir). Tal hermenéutica se proyecta, entre otros ámbitos, sobre el propio sujeto. De esta manera, la hipótesis a contrastar en este estudio consiste en descubrir, entre las líneas de este desafiante texto, una cierta *hermeneia* o interpretación, en su eco o tenor estético, tras y a la vez a partir de la esquivada belleza de la propia subjetividad.

El marco de nuestro estudio se encuentra, específicamente y en concreto, en la obra ya señalada, *Claros del bosque*. Esto, por lo que, como se ha enunciado, la autora misma afirmaba a este respecto. Aunque el texto se vincula con el conjunto de la filosofía de la autora, con respecto a la cual puede ofrecer un contexto más amplio, hoy, como se sabe, la edición de sus obras completas⁴. Sin embargo, reiteramos la intención de orientar el estudio al trabajo específico objeto de reflexión.

Otra causa de nuestro centrarnos en esta obra determinada radica en su carácter de experiencia extraordinariamente lograda y madura del propio y singular método de la razón-poética. En efecto, en ella, Zambrano pone en acto con acendrada maestría, en artística práctica reflexiva, el camino de su peculiar síntesis entre el pensar y el sentir. De hecho, el título de su libro es, según ella misma, metáfora genuina de su original proceder; así, los “claros del bosque” ofrecen la analogía de su estilo peculiar de filosofar-poetizar al tiempo: “[...], y la visión que los claros del bosque ofrecen, [...], donde la imagen sea real y el pensamiento y el sentir se identifiquen sin que sea a costa de que se pierdan el uno en el otro o de que se anulen”⁵.

Sin embargo, aún existe otra razón, todavía más honda, si cabe, de este centrarnos en el análisis específico de esta obra de Zambrano, a la hora de investigar su peculiar visión de la subjetividad como una tarea de interpretación estética. Se trata de un motivo de tipo filosófico, y este radica en que su texto se inicia, precisamente, con una profética advertencia: la de que, en el centro encarnado por el claro del bosque, no siempre es posible entrar⁶ aunque se trata a la par de un misterioso y hermoso “reino que un alma habita y guarda”⁷.

Esta última expresión, en fin, en torno a la hermosa y desafiante opacidad del centro de los claros del bosque, exhibe una honda sabiduría, sabiduría que se estima digna de investigación, por cuanto ella debe trasladarse al saber acerca del sujeto. De esta forma, junto al camino hermenéutico y estético apuntado, parece hallarse, además, en esto último, una clave singularmente fecunda, clave inspiradora para la exploración de ese luminoso misterio de la subjetividad, acerca del cual se indaga en estas páginas.

2. La pregunta por el sujeto en *Claros del bosque*

La obra analizada refleja la honda, aunque sutil y siempre delicada, preocupación por el sujeto que cabe descubrir en el pensar-poetizar de Zambrano. Ya otros, antes, en efecto,

⁴ Cf. Sobre el sentido global de la edición de éstas, cf. singularmente: ZAMBRANO, M., *Obras Completas I*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.

⁵ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p. 14.

⁶ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p. 11.

⁷ *Ib.*

han advertido cómo, de alguna manera, uno de los ejes decisivos de toda su trayectoria se halla en esta inquietud profunda en torno a “la persona”. Así, Juana Sánchez-Gey escribe sobre ello: “Es la persona la que realmente le preocupa y con la persona el convivir [...]”⁸.

Además, se da el singular y significativo caso de que, de acuerdo con algunos acendrados estudios de la obra han mostrado, como los de Mercedes Gómez Blesa⁹, en torno a *Claros del bosque*, en la edición de las obras completas, la propia autora la elabora justamente desde la alta cima de una madurez de su persona y de su subjetividad particularmente logradas. Zambrano va, pues, paradójicamente, en sus páginas, a indagar y ahondar en la búsqueda más profunda del sujeto desde la atalaya de una subjetividad que la existencia, la vida misma, ha decantado y sedimentado, en el transcurso del tiempo, hasta un punto de especial fecundidad. En ello, cual un peculiar crisol del postrer fondo sin fondo de la identidad, su familiaridad y estrecha vinculación con la mística¹⁰, con las fuentes mismas de lo religioso y con la teología joánica de la Palabra, van a suponer un enriquecimiento extremadamente fértil.

Por otra parte, dado que *Claros del bosque* constituye, a la par, una realización filosófica y artística, transida de belleza, de alguna manera, al ocuparse del sujeto personal en sus páginas, Zambrano conecta con la inquietud que expresara su maestro Ortega, en relación con la necesidad de “re-humanizar” el Arte en nuestro tiempo¹¹.

Pues bien, respecto a la obra objeto de nuestro análisis, cabe señalar que tras manifestar, en su primer apartado, la importancia de la cuestión del método, que expresa la inicial analogía de los claros del bosque, inmediatamente, pasa a adentrarse en la profunda pregunta por el ser del sujeto. Esto lo hace, enseguida, en su cap. II, “El despertar”¹².

En efecto, el despertar del que se trata es, sin duda, el de una cierta subjetividad. Subjetividad originalmente “dormida”, de algún modo. Ahora bien, es este un despertar muy característico, un despertar “sin imagen de sí mismo”¹³. En concreto, se habla del despertar de una subjetividad más bien “del sueño” que de la existencia. Para ello, en las sucesivas páginas, el Amor jugará un papel decisivo, junto con realidades tan emblemáticas como la inspiración, la palabra y la verdad¹⁴.

Asimismo, resulta clave captar que late en todo esto, siempre, un algo “escondido”. Este elemento desconocido e incógnito, misterioso, es figura de la persona, que

⁸ El estudio de Juana Sánchez-Gey Venegas sitúa, con acierto, esta realidad, más que idea, de la persona y su dignidad como una clave central del itinerario vital y filosófico de Zambrano, realidad a la que acompañan otras nociones nucleares en su creación, como son -de acuerdo con esta especialista-: el amor, lo religioso o el compromiso político-social del intelectual. Cf. SÁNCHEZ-GEY, J.: “María Zambrano: el pan que no se comparte”, en AA.VV, *Ética y literatura contemporáneas en tiempos de encrucijada*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2011, pp. 110-121.

⁹ GÓMEZ BLESAS, M., “Presentación” de *Claros del bosque*, en M. ZAMBRANO, *Obras completas*, vol. IV, t-I, cit., 2018, pp. 55-70.

¹⁰ SÁNCHEZ-GEY, J., *El pensamiento teológico de María Zambrano: Cartas de la Pièce. Correspondencia con Agustín Andreu*, Madrid, Ed. Sínderesis, colec. Pensamiento ibérico e hispanoamericano, 2018.

¹¹ ORTEGA Y GASSET, J., *La deshumanización del Arte* (1925) en *Obras Completas III*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010.

¹² ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p. 19.

¹³ *Ib.*, p. 21.

¹⁴ *Ib.*, pp. 21-35.

se revela sólo dentro de unos límites. Por esto, reclama verse interpretada. He aquí, lo indispensable del recurso a esa clave o llave que implica la hermenéutica, la necesidad de acometer personalmente la tarea creativa de abrir e iluminar, al menos en parte, esa opacidad, e interpretar su lenguaje cifrado.

La pregunta a descifrar, hermenéutica y estéticamente, es, de alguna manera, siempre, también, pregunta en torno al propio sujeto, aunque adquiere formas muy diversas en nuestro texto. Además, se trata de una interrogación no estruendosa, no escandalosa ni llamativa, sino por el contrario de un preguntar que va, poco a poco, delicada y suavemente, destilándose en la lectura. Acaso, sin embargo, quepa señalar también incidentalmente algún lugar preciso y rotundo, dentro del libro, en el que la pregunta por el sujeto alcanza a cobrar cierto vibrante vigor, y donde se hace clara y expedita. Es, tal vez, el pasaje de “La presencia de la verdad”¹⁵. Allí, Zambrano muestra que la pregunta de la Esfinge a Edipo acerca del hombre, se ve por él insuficientemente contestada, por cuanto en el fondo no se le pregunta por lo humano en general, sino por sí mismo, por su identidad: “[...] su saber se refería tan sólo a algo general –“el hombre” dijo, como se sabe– mas que se trataba de saberse él, él mismo, en lo escondido de su ser”¹⁶.

Desde luego, una de las formas de manifestarse la pregunta por el sujeto, en la obra, consiste en la fórmula, constantemente y casi obsesivamente repetida, del “corazón”. Siempre nos acompaña, a lo largo del texto, el corazón; un corazón que sueña, que desea la libertad, que busca conocerse, etc. Un corazón del que se dice: “[...] anhela ya libre de temor desentrañarse y desentrañar [...]”¹⁷. He aquí presente, pues, una subjetividad cuyo eje es lo cordial, cuya raíz resulta estética, en este sentido ampliado; pero que, a vez, precisa del desciframiento, del desentrañamiento, de la hermenéutica que lo abra a una más honda comprensión de sí y, desde sí, de todo lo vital.

Otra forma en que, en la obra, se encarna esta permanente busca de la propia subjetividad –busca en ocasiones velada o soterrada, mas, de pronto, expuesta con impulso, cual un intermitente, pero poderoso cauce–, se halla en el uso de determinados términos. Entre ellos, cabe citar: interior, intimidad, llamada, diálogo, voz, rostro, presencia, ser humano, persona, dueño, alma, nombre propio, sujeto, etc.¹⁸. Estos aparecen sembrados, casi espolvoreados, con una poética destreza, en muy diferentes episodios de la composición.

Junto a estos, cobra peculiar valor y sentido una palabra ciertamente significativa, a la hora de señalar hacia el sujeto; se trata del vocablo “alguien”. Lógicamente, por cuanto este se opone al de “algo”, que designa la cosa no personal, el término “alguien” orienta nuestra atención hacia una realidad distinta y singular, que parece como entresacada de lo indiferenciado o masificado, realidad vinculada con el “quien”, antes que con el qué, con el sujeto y no los meros objetos. De esta manera, en ciertos pasajes, asistimos a este genuino y hermoso surgir del sujeto, de entre la maraña de los seres, cual semilla tierna en las cálidas manos de la filósofa:

¹⁵ *Ib.*, p. 26 y ss.

¹⁶ *Ib.*, p. 28.

¹⁷ *Ib.*, p. 77.

¹⁸ *Ib.*, p. 58, 72, etc.

Ya que la vida es como sierva dócil a la invocación y a la llamada de quien aparece como dueño. Necesita su dueño, ser de alguien para ser de algún modo y alcanzar de alguna manera la realidad que le falta. (En el texto, punto y aparte) Y la realidad surge, la del propio ser humano y la que él necesita haber ante sí, [...] ha de fijarse una extraña realidad, la del propio sujeto, [...] ¹⁹.

De hecho, una figura de esta siempre original, aunque –en cierto modo también– esquivada subjetividad, a cuyo encuentro parece nos aboca líricamente la escritora, reside en la de aquel que está por venir, en la de alguien a quien se aguarda. Pareciera que ese ser esperado y convocado no es, en fin, otro que el sujeto, el propio sujeto que Zambrano busca respecto de sí misma. A la par, este rastrear de la autora se transforma también, gracias a la lectura de su texto, en nuestra propia búsqueda, en nuestro propio itinerario interior hacia nuestra subjetividad. Si bien, este buscar no ha de ser nunca, como advierte Zambrano, en sus primeras líneas, una investigación de algo ya previamente definido o determinado; pues, en el claro del bosque, no se puede ir a buscar deliberadamente nada consabido o prefigurado, como tampoco se los puede encontrar a ellos de este modo ²⁰.

Al sujeto se le intuye o vislumbra entre sombras; a la propia subjetividad, en fin, según esto, se la descubre o encuentra, poética y estéticamente, no se la construye, no se la registra cual una señal sin alma, no se la desarticula como en una operación mecánica, fría y utilitaria. Como tampoco se accede a la verdad del sujeto humano desencarnándolo, desposeyéndole de su honda “condición carnal” ²¹.

Muchas de las últimas líneas de la obra, justamente, reflexionan en torno a un “Yo” ²² a quien ya “no le acompaña su carne”, sujeto separado así de “todo comercio verdadero con la vida”, alguien mutado en un terror, precipitado en el abismo de una “sensibilidad sin dueño” ²³. Ello, dado que el sujeto en su “sensibilidad” plena –aquella cuyo oficio estriba en mediar entre la conciencia y el alma, entre el centro invisible y cuanto envuelve al ser– necesita ser abrazado, envuelto, arropado.

3. La dimensión estética de la hermenéutica de la subjetividad

Cabe considerar como “estética” la hermenéutica del sujeto que en la obra acontece, por diversos motivos. Ante de examinarlos, se remite aquí, con respecto al alcance de este término, a la fecunda ampliación de la concepción de lo estético que se ha propuesto, en nuestros días, por parte de A. López Quintás ²⁴.

El citado autor concibe la Estética en un sentido integrador, que conjuga las diversas dimensiones del conocer y vivir personales en la unidad del sujeto, gracias funda-

¹⁹ *Ib.*, p. 58.

²⁰ *Ib.*, p. 11.

²¹ *Ib.*, p. 152.

²² *Ib.*, p. 152 y ss.

²³ *Ib.*, p. 153.

²⁴ Una síntesis de su pensar y de su interpretación integradora de lo estético, puede hallarse en LÓPEZ QUINTÁS, A., *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, Madrid, Asociación para el estudio de las ciencias humanas y sociales, 1993.

mentalmente a la clave de la creatividad humana. López Quintás²⁵, además, ha proyectado este sentido ampliado de lo estético, con enorme fruto, en la labor hermenéutica de interpretación filosófica de numerosas obras artísticas, literarias y del pensamiento.

Por otra parte, cabe también advertir al tiempo que esta lectura estética de la subjetividad de Zambrano posee su propio carácter e idiosincrasia. No puede, por tanto, asimilarse a otros estilos estéticos de pensar el sujeto y lo vital, presentes en otros autores. Así, por ejemplo, ya otros especialistas han notado que esta hermenéutica estética de Zambrano no es equivalente a la de Nietzsche, quien deriva la suya de sus peculiares consideraciones sobre el origen dionisiaco de lo trágico y de la música como manifestación de la voluntad en el mundo, según las inspiraciones de Schopenhauer²⁶. Entre otras cosas, Zambrano no considerará como un imposible, abocado al fracaso o la mentira, la expresión a través del lenguaje en clave de razón-poética de lo verdadero y auténtico del sujeto, frente a las percepciones nietzscheanas.

En primer lugar, sin duda, la hermenéutica que se despliega en la obra participa de lo estético debido a que todo el texto constituye ya una manifestación o expresión de intensa belleza, y la belleza es una de las categorías estéticas más relevantes. Si el libro busca descifrar o comprender lo que se siente, desde luego, esto lo procura transfigurándose en un cauce de aguda belleza. Pocos escritos filosóficos alcanzan a participar en el valor de lo bello como este. La belleza hecha expresión literaria constituye el camino *–mêthodos–* del pensamiento aquí desarrollado. La luminosidad y poesía encarnadas en sus páginas conforman la vía de acceso a la realidad y verdad; y, por tanto, asimismo, a la indagación registrada en torno al sujeto.

Por otra parte, la belleza y el sentir afín a la misma no sólo son el método que, aquí, da forma a la exploración filosófica a propósito de la subjetividad, sino temas o contenidos concretos constantes de la meditación. Se piensa bellamente y se piensa con el sentir; sí, pero a la vez se piensan lo bello y el sentir mismo, se medita en torno a la belleza y el sentir. Tanto los términos “sentir” y “sensibilidad”, como la palabra “belleza”, se repiten, de hecho, de un modo continuado, a lo largo de la obra, cual un eje decisivo de su esfuerzo. E incluso, cabe advertir que la propia idea o noción de belleza constituye la clave de bóveda de la obra, además de su colofón postrero. En efecto, la belleza es la última noción de este paradigmático escrito, y así ofrece la corona de su simbólico y fecundo texto²⁷.

A todo esto, debe sumarse el que, si Zambrano establece como principio metodológico de su filosofar el hacerlo a partir, desde y con el sentir o la sensibilidad, también incorpora con pujanza a ello la referencia incesante en lo estético a su significado de reflexión sobre la forma sensible y lo artístico. Esto puede advertirse ya en la denominación misma de su particular estilo propio de pensar-poetizar, en su célebre “razón-poética”, clave de su peculiar relación con lo real, y en la que concurren muy diversos elementos (desde lo reflexivo, a lo poético, lo vital, pasando por los valores,

²⁵ Algunos clarividentes y fértiles ejemplos de esta hermenéutica estética, desplegada desde una noción ampliada de lo estético, sobre diversas obras literarias y filosóficas, ofrece: LÓPEZ QUINTÁS A., en *Estética de la Creatividad*, Barcelona, P.P.U., 1987.

²⁶ Cf. SÁNCHEZ MECA, D., “Arte y metafísica en Zambrano y Nietzsche”, en: *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano*, n. 10 (2010), pp. 87-96.

²⁷ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p.156.

lo religioso, lo socio-político, etc.). Para un análisis abierto de la riqueza o diversidad de los diferentes aspectos conjugados por esta razón-poética remitimos al estudio de la profesora Sánchez-Gey, ya citado²⁸.

Así, en Zambrano, el sentir, y la sensibilidad de la que este arranca, poseen siempre una dimensión o aspecto estético filosófico y formal, por cuanto no se limitan en su significación al registro de una mera sensación, aunque no la excluyan, sino a todo un campo de resonancia interior de la percepción o captación de la realidad que refiere a la “integralidad” del ser humano, más allá de su solo intelecto abstracto. Estos sentir y sensibilidad, por tanto, sin duda, incluyen en su seno la connotación estética, en su más fecundo sentido, y ello de un privilegiado modo.

De manera que el texto propone una interpretación profunda y estética de la subjetividad que, simultáneamente, promueve un sinfónico abrirse de la persona a la multiplicidad de los aspectos que en ella se conjugan, a esa “unidad en la diversidad” que lo estético tan especialmente simboliza, representa y convoca. Acerca de esta armoniosa función o vocación “integradora”, con respecto a toda la riqueza albergada por lo humano, que se encuentra presente en lo estético, se han publicado diferentes investigaciones recientes, en sintonía con lo expuesto²⁹.

Finalmente, existe una honda razón en favor de este caracterizar la indagación en *Claros del bosque* en torno al sujeto como una “hermenéutica estética”. Esta reside en el hecho de que un pensador clave a este propósito, como es el citado H. G. Gadamer, afirme acerca del arte y lo estético que estos refieren siempre a la pregunta del sujeto sobre sí mismo, y ello no sólo como diálogo o interpelación única o personal, sino incluso en cuanto cuestionamiento enriquecedor de nuestra propia subjetividad a propósito de su desarrollo y vocación. Así: “La intimidad con que nos afecta la obra de arte es, a la vez, estremecimiento y desmoronamiento de lo habitual. No es sólo el “ese eres tú” que se descubre en un horror alegre y terrible. También nos dice: “¡Has de cambiar tu vida!””³⁰.

En efecto, esta apelación de lo bello a la persona, que en Zambrano convoca su interior desde la vida misma, se halla presente a lo largo de toda la obra. Es una interpelación poética y reflexiva, a la vez, despertada desde la integradora vocación estética de nuestro ser. Y, además, tal como ocurre en Gadamer respecto al arte, esta llamada no sólo se da como una voz externa y ajena dirigida al sujeto, sino que implica el anuncio y el reclamo de una cierta tarea personal.

¿Qué tarea es esta que llama a nuestro ser desde la belleza, la vida, lo estético? Pues, sin duda, la hermosa tarea de enriquecer el propio ser, de desarrollar la propia subjetividad personal de un modo “creativo” (cual *poiesis* de sí). Esto, en sintonía

²⁸ Esto, frente a otras aproximaciones que al cabo reducen la razón-poética, al pretender negar en ella la presencia de alguno de sus variados factores, como el religioso o la dimensión trascendente, y por ejemplo limitarla en su base o fundamento al campo del compromiso socio-político, etc. Sobre esto, cf. SÁNCHEZ-GEY, J.: “María Zambrano: el pan que no se comparte”, en *Ética y literatura contemporáneas en tiempos de encrucijada*, o. c.

²⁹ Como simple botón de muestra, en este sentido, y con una clara referencia al valor de todo ello para lo educativo, cf. BARRACA MAIRAL, J., “Estética y formación humana: el valor de la estética en la educación”, *Revista Educación y Futuro*, n. 24, abril (2011), pp. 205-219.

³⁰ GADAMER, H. G., *Estética y hermenéutica*, o. c., p. 62.

con esa originalidad profunda y esa libertad creadora a las que la vida nos invita, y de la que constituyen un ejemplo extraordinario las inspiradas páginas de nuestro libro. Esta vocación, a “vivir con creatividad”, en palabras del pensador López Quintás³¹, el propio ser y el encuentro con los otros, constituye una realidad de un profundo calado estético. Además, tal como se ha expresado, está habitada por una fecunda reivindicación de la originalidad personal, la que señala, como se ha indicado en otros lugares, hacia nuestro carácter único e inimitable, hacia el fondo mismo de nuestra dignidad personal³².

Ahora bien, “intimidad” es justamente palabra clave para comprender el sentido del texto *Claros del bosque*, así como la latencia en él de un profundo “estremecimiento” desde lo estético, dirigido a un “tú”, y siempre orientado a la “vida”. Vida que constituye, como se sabe, una clave decisiva el pensar-poetizar de Zambrano; vida que supone, a su vez, la orientación más genuina del ser humano. Se trata aquí, nos parece, al cabo, no ya de la vida en el sentido de una realidad anónima o abstracta, no de la marea indiferenciada y genérica que lo arrastra todo en su seno, sino siempre de la vida de un ser concreto, de un viviente, y así en el caso del humano, de una existencia en clave de “vocación”, de apelación única y personal³³.

Todo esto nos conduce a apreciar la enseñanza de nuestra autora, quien nos repite cómo se ha de prestar siempre una atención profunda a la existencia concreta desplegada por el ser. En efecto, debemos atender a la vida determinada que se nos muestra, si anhelamos adentrarnos en la entraña del ser y del sujeto³⁴. Por esto, precisamente, gracias a este cauce fecundo de lo vital, que nutre al ser humano de sentido, la hermenéutica del sujeto remite siempre, aquí, a esa “sensibilidad” ampliada, hacia la que señala lo estético. Sensibilidad, capaz de abrirse y ver la vida concreta en su movimiento, su dinamismo e intensidad, sensibilidad que enraíza en la corporeidad, pues integra en su seno la referencia a lo carnal, radical inseparablemente presente en lo humano.

A causa de lo precedente, a la verdad del sujeto humano no cabe acceder “desencarnándolo”, desposeyéndole de su honda “condición carnal”³⁵. De esta manera, muchas de las últimas líneas de la obra, justamente se consagran a meditar a propósito del “Yo”³⁶; pero se trata aquí de un Yo a quien ya “no le acompaña su carne”, de un sujeto separado así de “todo comercio verdadero con la vida”, alguien cuyo ser ha mutado en “terror”. En definitiva, se nos previene ante un Yo precipitado en

³¹ LÓPEZ QUINTÁS, A., *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, o. c., también: *Estética de la Creatividad*, o. c.

³² BARRACA MAIRAL, J., *Originalidad e identidad personal*, Madrid, San Pablo, 2017.

³³ Acerca de la noción de vocación como cruce de caminos en el marco específico del encuentro entre lo estético o artístico y el sentido personal, cf.: BARRACA MAIRAL, J., “Vocación y sentido: claves del valor educativo del arte”, *Revista Educación y Desarrollo Social*, 11(1) (2017), pp. 172-186. DOI: org/10.18359/reds.2327.

³⁴ La propia Zambrano da testimonio de ello con su obra, no sólo indisolublemente ligada a su vida, sino engendrada desde la meditación de esta en una honda intimidad y compenetración recíprocas. Cf., como sumario examen de esto, la cronología de María Zambrano realizada por Jesús Moreno Sanz para el vol. VI de sus *Obras Completas*, Barcelona, Galaxia de Gutenberg, 2014, pp. 45-126.

³⁵ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p.152.

³⁶ *Ib.*, p.152 y ss.

el abismo de una “sensibilidad sin dueño”³⁷. Esto, dado que el sujeto en su “sensibilidad” auténtica –aquella cuyo oficio estriba en mediar entre la conciencia y el alma, entre el centro invisible y cuanto lo envuelve– necesita ser abrazado, envuelto, arropado. En suma, sin la sensibilidad y lo estético en su alcance integrales, nuestra subjetividad termina en un abismo; por lo que sólo con ellos, de su cálida mano, cabe rescatar el ser pleno del sujeto humano.

4. Hacia una subjetividad que se descifra estéticamente

La subjetividad, en las hermosas meditaciones de la obra, va desgranándose, perfilándose cual una presencia o vaga figura, entre los párrafos. Al tiempo, parece escapar incluso al sutil método hermenéutico y estético de Zambrano. Queda, en los labios del lector, al menos, siempre, como un regusto de lo inaprehensible. Sucede como si el sujeto buscado, anhelado, incluso dibujado o esbozado a lo largo de las líneas, lograra escapar finalmente de la poética investigación que lo va cercando, paso a paso. Ello conecta con la originaria afirmación de la autora, al comienzo del libro, respecto a que de alguna manera no cabe permanecer o adentrarse del todo en ese centro que brinda aparentemente el claro del bosque. De alguna manera, late algo refractario en la humana subjetividad, según esto. Ello, a pesar de la constante y creativa búsqueda, de la fértil hermenéutica estética que, de la mano de la diestra autora, procuramos emprender de su esquivo ser.

Este rasgo opaco e inefable de la subjetividad se refleja, en la obra, por ejemplo, a través de la dificultad que presente ante todo análisis de la “intimidad” de la persona. Esta intimidad escapa a cualquier intento de fijarla, de aprehenderla establemente, como si fuera un río, siempre en movimiento. Nuestro propio ser huye de entre nuestros dedos, cual agua que fluyera. Estas expresiones y metáforas recorren el texto, evocando así lo impenetrable e inaprehensible del propio yo.

Se habla incluso, en determinados momentos, de una cierta “transcendencia” del sujeto a sí mismo. Ahora bien, no parece que esta transcendencia de la subjetividad pueda verse equiparada, al menos en el texto, ni con la del Creador por antonomasia, ni con la célebre y clásica noción de los transcendentales del Ser.

Respecto de lo primero, las expresiones “divino”, “dios”, “dioses”, “divinidad”, sin duda, se hallan esparcidas a lo largo de numerosas páginas. Sin embargo, no se registra lugar definido en el que se dé una identificación, clara y contundente, entre la radical transcendencia de Dios y la evanescencia de la humana subjetividad. En cambio, parece más cercana a la autora la célebre idea, casi la experiencia, de cómo la belleza puede conducir hasta lo divino, cual si esta quisiera recrear en su obra de una original y personal forma la conocida “*via pulchritudinis*”³⁸.

A propósito de lo segundo, aunque la belleza constituye un fecundo transcendental³⁹, registrado así por parte de la Historia de la Filosofía –junto al ser, el bien, lo uno y la verdad–, no resulta del texto estudiado que lo inaprehensible de la subjetividad tenga su raíz

³⁷ *Ib.*, p.153.

³⁸ Cf. *La via pulchritudinis*, del Consejo pontificio para la cultura, Roma, 2006.

³⁹ Cf., a este propósito específico: LOBATO, A., *Ser y belleza*, Madrid, Unión Editorial, AEDOS, 2005.

o asiento precisamente en este dato. Más bien se diría que lo inabarcable el sujeto halla su núcleo en la propia esencia de la búsqueda que parte tras de sus pasos. Búsqueda que anhela lo que no puede alcanzarse. Un fragmento capital, a este respecto, brinda en la obra el fecundo texto “Los ojos de la noche”. En este, Zambrano imbrica las nociones de ver, ojo, noche y ceguera con las de ser humano, sí mismo, reflexión. Queda expresa así esta dificultad de aprehenderse del todo, por parte del sujeto: “Acaso no hubo siempre en la vida, y en el ser humano con mayor resalte, esa ceguera que aparece ser congénita [...] El que mira es por lo pronto un ciego que no puede verse a sí mismo[...]”⁴⁰.

De una simbólica, pero muy expresiva forma, nos habla Zambrano de una cierta “corteza”. Esto, en el sentido de determinada resistencia al conocer y al ser conocido, de una opacidad ante el anhelo de desciframiento del y en el sujeto: “Y en esta etapa es él, el sujeto paciente, el que se siente ser obstáculo, corteza, resistencia. Lugar cerrado a la palabra, inhábil para abrirse a ella [...] El ensimismado –ya Ortega lo mostró bien– tiene un lugar dentro de sí, intangible decimos, inviolable”⁴¹.

Ahora bien, lo arduo de la labor de la interpretación de la subjetividad no comporta el que se deba renunciar por ello de antemano a emprenderla, sino antes todo lo contrario. Para esto, la autora invoca, poética y filosóficamente, a la divinidad experta en estas lides: a Hermes. Este aparece citado en el texto con los sobrenombres, por ejemplo, de “el conductor” y de “la palabra”⁴², si bien asociado a la par a la muerte (“el conductor de la muerte”), por cuanto su misión se vincula al cabo con un finalmente “inextricable silencio”. Ha de prestarse, entonces, siempre una preciosa “atención a los signos/semillas” (“VII. Signos”⁴³) e indagar tras el “logos oculto”. Ello, al mismo tiempo, debido y a pesar de que: “[...] el hombre es un ser escondido en sí mismo, y por ello obligado y prometido a ser “sí mismo”, lo que le exige comparecer”⁴⁴.

Así, aunque cierto hermetismo último resulta invulnerable, existe, en la obra, una permanente invitación a explorar tras las huellas de la subjetividad, e incluso todavía más: una llamada a adentrarse en lo más íntimo del sujeto. Se anima a caminar hacia “el centro” de lo real, y hacia el centro de sí mismo, y, de hecho, propio de todo centro es “atraer hacia sí”⁴⁵. Si bien, es este un centro no inmóvil, sino “quieto”, un centro no situado necesariamente dentro de la propia persona, sino “en movimiento íntimo”, capaz de “transmigrar” hacia un “punto privilegiado”, cuyo horizonte se halla en la vida, en una vida nueva (*Vita nova*). Esta atención filosófica de la autora al centro, con la que conecta la analogía del claro del bosque, no es algo exclusivo del texto analizado. Puede rastrearse su presencia en otros lugares del pensamiento de Zambrano. En *La España de Galdós*, ya cabe encontrar esta referencia, esta peculiar unión entre el claro del bosque, el centro y la vida:

Existen lugares privilegiados en toda realidad, aun en esa extraña realidad que es una obra humana de creación, lugares en que se crea un medio de visibilidad, donde la cla-

⁴⁰ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p. 117.

⁴¹ *Ib.*, p. 93 y ss.

⁴² *Ib.*, p. 149.

⁴³ *Ib.*, p. 103 y ss.

⁴⁴ *Ib.*, p. 27.

⁴⁵ *Ib.*, p. 59.

ridad se hace transparencia y la oscuridad se hace misterio, como un claro del bosque donde brota un manantial y que parece ser el centro que torna visible al “bosque que los árboles han ocultado”, visible porque lo torna vivo. Y vida es unidad. Toda la vida lo es por un centro del que emana [...]”⁴⁶.

Quizás, una vía particularmente luminosa hacia la subjetividad, que se muestra en el texto, y que conviene mencionar, a pesar de su limitación, puede encontrarse en el significativo pasaje “El punto oscuro y la cruz”⁴⁷. Este hermoso y enigmático fragmento se inaugura con la expresión de las dificultades que la persona halla en el camino hacia su auténtica subjetividad. El texto describe cómo “el yo se hace sentir como un punto oscuro”, y “la calma se va tornando en simple inmovilidad”, hasta que, al cabo, el tiempo “oprime el corazón”. Entonces, no hay comunicación ente el sentir y el pensar; lo que, tal como se ha mostrado, resulta en cambio clave a fin de vivir plenamente, según Zambrano. Mas, entonces, cuando todo se diría perdido para la búsqueda de la verdad del sujeto, la filósofa abre ante el lector una honda esperanza. ¿Cuál? La vía del corazón, sin duda. Y, aquí, la realidad que transforma la nada y oscuridad, en que se ha abismado el sujeto, resulta en concreto estar en relación con la cruz. De este modo, escribe: “Mas luego, en un instante, el punto oscuro del yo se viene a encontrar como centro de una cruz; entonces, sin sobresalto alguno, el corazón ocupa su lugar, se hace centro”⁴⁸.

Esta misteriosa cruz, que transfigura y transforma al yo, desde su ser un oscuro punto, es la formada por el tiempo y la eternidad. Es cruz que devuelve al sujeto a la vida, cruz en la que el ser humano vive de verdad. Veámoslo: “Y si siempre fuera así, si siempre el ser humano se mantuviera extendido en esta cruz, viviría de verdad”⁴⁹.

Sin embargo, este vivir de verdad, por parte del sujeto, “mientras tanto”, hasta que sea para siempre, reclama una condición que no debemos nunca olvidar. Atender a la misma constituye una maravillosa y profunda lección de este hermoso libro, enseñanza que resulta crucial, a la hora de caminar en busca de ese bello centro de la propia subjetividad en medio del bosque de la vida. Se trata de no someterse al yo que suplanta a la persona toda e integral, al yo que representa aquí una parcialidad del sujeto, un empobrecimiento de este por cuanto se lo limita a alguno de sus aspectos, cercenando los otros, mutilando al cabo su unidad y con ella su vida entera.

5. Conclusión

Lo estético cobra, en fin, tal como se ha visto a lo largo del presente estudio, en la obra precisa de Zambrano *Claros del Bosque*, un relevante papel. Esto, como clave decisiva de indagación y de acceso a la propia subjetividad personal, cual una vía hermenéutica privilegiada. Ello, lo desarrolla la autora, entre otras maneras, gracias a

⁴⁶ MARÍA ZAMBRANO, *La España de Galdós*, en: *Obras Completas*, III, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 523. Este lugar se ha señalado como “esencial” para la genealogía del claro del bosque en Zambrano, cf., nota 6, p. 1298.

⁴⁷ ZAMBRANO, M., *Claros del bosque*, o. c., p. 127.

⁴⁸ *Ib.*

⁴⁹ *Ib.*

su ahondar en la peculiar llamada que la estética comporta siempre hacia una armonía del conjunto de lo humano, hacia la integración sinfónica de todo lo vital.

Se trata, al cabo, de un muy especial modo, de interpretar la subjetividad personal a través de la fértil categoría estética, sin duda central, de lo bello. Esto en cuanto conecta, con una particular intensidad, con la máxima categorial que describe la belleza como una llamada a la “unidad en la diversidad”. De acuerdo con ella, se reivindica, en la obra analizada, por parte de Zambrano, de una hondísima forma, la fecundidad de una búsqueda, meditativa y también estética, a la par, inextricablemente, de plenitud para el sujeto en su anhelo y encuentro de lo bello.

En pocas palabras, y para concluir, de acuerdo con la “poética razón” de María Zambrano, se trata, finalmente, de que “el centro no sea sino el corazón”. Vemos así, reunidas y entreveradas, íntima y cálidamente, “cordialmente”, las fecundas nociones de centro y corazón, esenciales en la razón poética. Con ellas, se opera la hermosa síntesis de los distintos y ricos elementos que colaboran a conformar nuestro ser y nuestro vivir de personas. Esta última idea, a la par sencilla y honda, es la que al cabo la autora parece sugerirnos, profundamente, desde la autenticidad de su experiencia, propia y personal. Esto último, cual una invitación existencial, suscitada al sujeto que indaga en su ser, por parte de la elocuente realidad de la belleza. Sugestiva apelación que, ahora, puede servir, ya en este momento final, de colofón al presente estudio.